



7455

Asedios al Guardián

POR PIERRE PIERRE GUERIN

En 1951, el escritor y ex combatiente de la segunda guerra mundial, Jerome David Salinger, 32 años, divorciado, publica en Nueva York la novela *The Catcher in the Rye*, traducida al castellano, indistintamente, como *El guardián en el centeno* y *El cazador oculto*, en alusión a su protagonista, Holden Caulfield —año cabal, al mismo tiempo ganador de la medalla de bronce— ex alumno de un colegio militar, una persona cazadora y en cierto punto de la novela, tras una severa crisis, le confiesa a su hermana Phoebe que se imagina a sí mismo como el capicó o el guardián (catcher) de los niños que juegan en un campo de coníferas. Su "misión" es evitar que se caigan al precipicio cercano. "Yo sería el guardián en el centeno. Se que es una locura, pero es la única que verdaderamente me gustaría ser", confiesa.

¿A qué alude esta imagen? ¿por qué un título tan enigmático? Don el índice expone

su título al respecto en un ensayo de *El arte de la ficción*, pero Salinger, recluso desde hace más de 45 años en su cabal de Cornish (New Hampshire, Estados Unidos), no se ha tomado la molestia de confirmarlo. Lo cierto es que desde su aparición, *El guardián en el centeno* se ha transformado en un fenómeno literario descomunal. Publicada en más de 30 idiomas y a pesar de su título tan "poco vendible", agota un cuarto de millón de ejemplares cada año. Cientos, casi en su totalidad, por jóvenes comunes y corrientes que lo tienen como su libro favorito —especialmente para ellos, aunque algunos copias van a dar, de vez en cuando, a las manos de psicólogos que estudian estrellas de rock, Mark Chapman, director frustrado que no obtiene la autorización para convertir *El guardián* en un musical de Broadway (Elia Kazan) y escritores que se terminan suicidando luego de leerlo a Caulfield en sus propias palabras, según publica John Kennedy Toole. Sin contar los raras, menos dramáticos, de escritores que

lo consideran una de las mejores obras literarias del siglo XX (Javier Marías) ni los de adherentes incondicionales que le siguen un ojo en su primera novela (Alberto Pagés).

Demanda de precisión para cualquiera. Especialmente para el asediado Salinger, en la conocida zona, en la que de toda representación, quien alabara de las fotos, el cine, y en general, de todos los registros que él se ha pasado de su paso por la vida. Incluyendo cartas, incidentes y biografías que los allegados de Salinger se encargan de atajar cada vez que alguien anuncia un libro sobre su cliente, así se trate de su propia hija, Margaret Salinger, autora de un libro sobre su vida en su infancia, publicado en 2000 en Estados Unidos (*Myra, la hija de Holden*). O de una ex amante como Joyce Maynard, quien se casó en 1950 con el autor, cortando el autor luego de ventilar su relación en un libro testimonial (*El silencio*, Ediciones Cierre, 2000), donde se agregan detalles sorprendentes a la ya establecida por la biografía del hijo, Ian

Hamilton (el hijo de J. D. Salinger, Montefiore, 1988).

En todos los años que concluyen a manuscritos inéditos, Salinger se ha saltado la raya, amparado por fallos judiciales que reconocen un derecho a la privacidad.

Traducciones lamentables

Sorprende que un escritor que gasta tanta energía y dinero en resguardar su vida íntima, permita, en cambio, la circulación de traducciones tan malas como las que padecen los lectores hispanohablantes. Llevado por un solo ejemplo a la lengua y a toda explicación de su obra, Salinger exige que sus libros no tengan ilustraciones de cubierta o reseñas en la vitrina o contraportada. Sólo el título. Esta clásica se cumple rigurosamente en todas las ediciones españolas, pero los agentes literarios no han puesto igual empeño en velar por la calidad de las traducciones. No es raro que más de un lector se haya decepcionado con *El guardián* en el

"Placer literario memorable"

POR JOSÉ MIGUEL VÁZQUEZ



Me han pedido una locura sobre el escritor norteamericano J. D. Salinger. De preferencia sobre su famosa novela breve *The Catcher in the Rye*, cuyo título —para mí incomprensible y carente de toda relación aparente o real con su contenido— ha tenido diversas traducciones al castellano, desde la literal y obvia *El cazador en el centeno* hasta *El cazador oculto* pasando por *El guardián entre el centeno*. Ninguna es exacta, porque la palabra *catcher* no tiene nada que ver con *guardián* y poco con *cazador*. Es el que coge o agarra algo y, en el uso del beisbol norteamericano, el jugador que está detrás del bateador para coger o agarrar la pelota. Pero, y que sirva de consuelo, la traducción del mismo título al francés en los años más absurdos y está más lejos del original que las españolas. Para los lectores franceses es *L'attrape-cœurs*, el "atrappacorazones".

En fin, acepto el encargo, con evidente irresponsabilidad, porque no tengo a mano ninguno de los textos. Escribo sobre la base de recuerdos.

El *Catcher* debió haber llegado a Chile hacia fines del cincuenta en la traducción argentina. Se puede suponer que lo leyeron los escritores de la afamada generación del ideón y que tuvo cierta influencia en algunos de ellos. Toma para académicos.

Yo lo leí primero traducido al castellano, luego en inglés. Lo conocí en la librería Studio, de la calle Agustinas, que recuerdo con nostalgia, donde las novedades literarias de Estados Unidos e Inglaterra llegaban en menos de una semana, en ediciones en rústica sumamente baratas. Allí compré más tarde los otros libros de Salinger.

La lectura del *Catcher* fue para mí, sin duda, un placer literario memorable. Esa narración acortada, en primera persona, rebosante de autenticidad, donde el humor del lenguaje y las situaciones encubren una corriente oscura de ternura y melancolía hacia el adolescente inseguro y de sensibilidad excesiva que alberga una rebeldía coherente, que choca y se liere con las asperas de un mundo preadolescente, carente de justicia y, sobre todo, de amor, se relacionaba, para mí, con experiencias personales y ajenas de mi propia adolescencia (*).

Esa sola obra literaria, en mi opinión, puede establecer la prebenda de Salinger como escritor. Ciertas críticas aducen a la clasificación entomológica la metáfora como "un buen escritor menor". Algo semejante se le dio de Kafka.

Pero, además, están sus cuentos y la potente y maravillosa serie

de los relatos sobre la familia Glass, con su máximo protagonista Seymour, que en su conjunto, se articulan en nuestra mente como una nueva especie de novela en la que se funde un estilo de humor neoyorquino y judio, a la Woody Allen, con una reflexión profunda y poética sobre el destino del ser humano en la tierra.

(*) De aquí podría surgir, tal vez, el tema para una tesis que cada vez resulta algo o quiere ser interesante, porque no está ya en el terreno. El de los relatos —subtíblemente de primera persona— sobre jóvenes poetas o no muy reconocidos que se lanzan a la conquista del mundo y al desmoronamiento de sí mismos llevados por las circunstancias, la necesidad del afán de aventura. La lista podría ser larga. Pasa en el *Backlasher* Flaw, de Mark Twain, que, si no recuerdo mal, ha sido comparado con el *Catcher* de Salinger. Luego, en la primera mitad del siglo XX, dos libros franceses que causaron a nuestros padres: *El gran Mordisco* de Alain Fournier y *El diablo en el cuerpo de Raymond Radiguet* (el diablo y la dama, este último libro versión cinematográfica con Gabriel Philippe). Más lejos, en la literatura española, están las primeras ediciones de *El laberinto de la tortuga*, de Juan Ramón Jiménez y *La vida del Búho*, de Quixote, de Pío Baroja.

¿Por qué te escondes, Jerome David?

POR MARCELO GUERRA E.

El silencio de un artista puede transformarse en una elocuente obra de arte. Pero debe ser un silencio enigmático, que tiembra interrogantes, que ponga a prueba a quienes lo oyen. Esa el silencio de Rimbaud al desaparecer, y el de Sartre al rechazar el Nobel en 1964, por nombre sólo dos. Quiso el silencio del artista en algún lugar o algún momento puede surgir como una gran obra. Se habla por otro porque otro ha dejado de hablar, dice Auster en *El país de las últimas cosas*. Pero el silencio de un artista también puede ser sólo un fortificante del misterio, del mito o, en último término, del mito público y por tanto un mero alard de ventas.

Lo que parece ser necesario, en todo caso, es que el artista mantenga inconscientemente una distancia que, cuando algún día concuerde, produzca maravillas por las que se asombró. El artista debe tener la disposición de un mupercón: una cierta distancia, algún grado de esotismo. Para Auster, por ejemplo, "el poeta es mucho más semejante a un hijo de vecino que a Kafka o a Brecht. Lleva el pelo corto, botines, sombrero de hongo, traje a rayas finas y va a trabajar al banco en el tron local".

Pero mucho más allá de eso, hay escritores en los que no observa un silencio autoimpuesto y rubico que se da poco. En Chile soy

locaque de indicar a nadie. Se me ha visto de distintos visores, desde escribir y no publicar (Salinger), publicar pero no aparecer, después recibiendo el artista y todo visor (Pynchon); publicar sin aparecer (Wharton), publicar bajo seudónimos para evitar la exposición (Wharton), o incluso para hacer flotar todas las personalidades leyendo de sí mismo (Pessoa). Todos esos son artistas que hacen de su vida una constante de su obra.

Después de *El Guardián entre el Centeno* en 1951 y algunos volúmenes de cuentos, Salinger dejó de publicar en 1965, habiendo dicho en la última de las entrevistas que ha concedido: "me gustaba escribir, me encanta escribir. Pero escribo sólo para mi mismo, por mi propio placer".

El silencio de un escritor no es lo mismo que el silencio de un dios, eso está claro, pero en algo se asemeja: un creador más o menos infalible, alguien que podría tener al menos respuestas, y que se negaba a responderlas, ocultando su rostro, orientando lo que le creaba. Algo de eso hay en la respuesta de Salinger.

Salinger es una expresión absoluta del propósito que manifestó Joyce, cuando dijo en *El Retrato del Artista Adolescente* que "la personalidad del artista, a primera vista grata y cadencia, y después narración fluida y ondulante, desaparece de puro refinamiento, se impersonaliza, por decirlo así... El artista, como el Dios de la creación, queda feroz, o más allá, o por encima de su obra, invisible, realizando fuera de la vida, indiferente, arrojándose las alas".

Nadie sabe lo que Salinger realmente pensaba cuando decidió ocultarse y callar, pero seguir escribiendo. Su silencio y reclusión lo hacen un volador artista. Definitivamente, porque como dijo Sartre, un creador es un hombre que en algo "perfectamente" conocido encuentra aspectos desconocidos, pero, sobre todo, es un esgrajado.

Los que saben, no hablan

POR JAIME COLLETT

SALINGER detenta tres grandes méritos: en una época que venía el despliegue narcisista, es un ausente irremediable; es, además (y dice en su segundo mérito), un creador, que genera por el solo una forma nueva de contar, por último, tiene la decencia de no escribir o no publicar más cuando, al parecer, comienza a fallarle la convicción para ello. En una época plagada de escritores "públicos", que hacen presiones y diagnósticos y aluden conceptualmente en la televisión, y presiones en entrevistas sin fin, Salinger consigue preservar, como actitud tan barata, la calidad idealmente soñada del oficio literario.



Asedios al guardián [artículo] Pedro Pablo Guerrero.

Libros y documentos

AUTORÍA

Guerrero, Pedro Pablo

FECHA DE PUBLICACIÓN

2001

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Asedios al guardián [artículo] Pedro Pablo Guerrero. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile